

Caminos divergentes hacia la adultez en México¹

Silvia E. Giorguli Saucedo²

Resumen

Los cambios socioeconómicos en México al finalizar el siglo pasado alteraron el contexto en el cual los jóvenes transitaban a la vida adulta. Para entender el efecto de dichos cambios y, en particular, del entorno institucional, este trabajo explora la manera en que adolescentes mexicanos nacidos entre 1976 y 1988 experimentaron cinco transiciones: salida de la escuela, entrada al mercado de trabajo, salida del hogar paterno, inicio de una unión conyugal y llegada del primer hijo. El trabajo busca contribuir al entendimiento de la transición a la adultez en México a través del análisis conjunto de diversas transiciones y de vincularlas con las condiciones demográficas y sociales y los arreglos institucionales específicos. Siguiendo el patrón de persistente desigualdad, se observa que las instituciones sociales tienen poca influencia para estructurar la vida de los jóvenes y las transiciones en el ámbito productivo, mientras que los recursos familiares definen en gran medida aquellas en el ámbito reproductivo.

Palabras clave: transición a la adultez, formación familiar, educación, trabajo.

Abstract

Divergent paths to adulthood in Mexico

The socioeconomic changes that Mexico experienced before the turn of the century altered the context in which young people transitioned to adulthood. To understand the effects of these socioeconomic changes and the particular institutional settings, the paper explores how Mexican adolescents born between 1976 and 1988 experienced five transitions: leaving school, entering the labor force, leaving the parental home, starting a union and becoming a parent. The paper attempts to advance this field by studying several transitions together and linking them with the particular demographic conditions, social context and institutional arrangements. The results showed that the persistent social inequality in Mexico resulted in two distinct transition patterns to adulthood — one applying to the great majority and the other to a small elite group. Social institutions had a very weak influence on the timing of the transitions in the productive sphere and family resources influenced the transitions in the reproductive sphere.

Key words: transitions to adulthood, family formation, education, labor.

1 Este trabajo se elaboró dentro del proyecto «Marginalised paths to adulthood», coordinado por Marlis Buchman, con la participación de Carlos Costa-Ribeiro y financiado por Jacobs Foundation. Quisiera agradecer los comentarios de Marlis Buchman, Carlos Costa-Ribeiro y Ross MacMillan a versiones anteriores de este trabajo. También agradezco el apoyo de Montserrat Yong para la edición final del trabajo y de Susan Kapillian en la preparación del manuscrito en español. Finalmente, agradezco al Center for the Advanced Study of Behavioral Sciences de la Universidad de Stanford por el apoyo y el espacio para realizar esta investigación.

2 El Colegio de México, sgiorguli@colmex.mx

Introducción

Los cambios sociales y económicos experimentados por México antes del inicio del presente siglo alteraron de manera significativa el contexto dentro del cual los jóvenes experimentan la transición hacia la adultez. Por un lado, la evidente disminución de las tasas de fecundidad y los incrementos en la esperanza de vida, la extensión de la educación masiva, de los medios de comunicación y de las tecnologías de información, el acelerado crecimiento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo y el predominio de la población urbana sobre la rural, cambiaron la manera en que los jóvenes en México viven la transición hacia la adultez. Por otro, la generación joven comenzó su vida adulta en un contexto en el que prevalecían altas tasas de pobreza y una creciente desigualdad en materia de ingresos. Esto modificó la estructura de oportunidades para los jóvenes, minando sus expectativas de lograr una mayor movilidad social y económica respecto de la generación anterior. Esta paradoja del cambio social enmarcado por las limitadas oportunidades económicas del momento se dio simultáneamente con una crisis de aquellas instituciones sociales (los sistemas públicos en educación y salud, por ejemplo) que habían puesto los cimientos para los avances durante las décadas previas. Dichos avances resultaron insuficientes para hacer frente a los retos de una desigualdad económica en constante crecimiento y de un acceso inequitativo a las oportunidades entre la juventud mexicana durante la década de los noventa.

A fin de comprender los efectos combinados de los cambios socioeconómicos —así como del entorno institucional específico—, sobre los trayectos hacia la adultez a fines del siglo XX e inicios del siglo XXI, aquí se explora cómo los adolescentes mexicanos nacidos entre 1976 y 1988 vivieron cinco transiciones: la salida de la escuela, la entrada al mercado de trabajo, la salida del hogar de los padres, el inicio de una unión y el nacimiento del primer hijo. Partiendo de investigaciones anteriores sobre la transición hacia la adultez en México (Echarri, 2005; Echarri y Pérez, 2007; Fussell, 2004; Giorguli, 2004, entre otras), el presente trabajo intenta hacer aportes a este campo al estudiar varias transiciones diferentes en conjunto y articularlas con las condiciones demográficas, el contexto social y los arreglos institucionales particulares que caracterizaron los años noventa, cuando la generación que estudiamos experimentó la transición hacia la adultez.

Crecer a finales del siglo XX

Mientras que los años ochenta se han definido como la «década perdida» debido a los continuos vaivenes económicos, a la inflación y al balance económico negativo, los noventa se distinguieron por la consolidación del nuevo modelo económico de corte neoliberal, la continuación de las políticas encaminadas a efectuar ajustes estructurales y el consiguiente reacomodo del papel del Estado en la provisión de servicios sociales. Los ingresos familiares sufrieron caídas dramáticas durante los ochenta y no se recuperaron posteriormente. Además, los ajustes estructurales durante los ochenta se tradujeron en una reducción del gasto público en materia social. En los noventa, el Estado mexicano comienza la década con un aumento en el gasto social, especialmente en educación, lo que se refleja en una importante expansión de la cobertura. A pesar de que prevalece el notable aumento en educación al final de la década, las tendencias varían entre modalidades educativas (siendo menos notable a nivel medio superior y superior); los vaivenes económicos y las recurrentes crisis —de las cuales destaca la ocurrida a mitad de la década (1994-1995) resultan en caídas o estancamientos en el gasto durante algunos años (INEE, 2006: 265-270; CEPAL, 2010). Por último, el nuevo sistema económico cambió la composición del mercado laboral, pues el sector informal se expandió rápidamente, absorbiendo gran parte de la población que entró a dicho mercado por vez primera o que fue desplazada del sector formal. Las modificaciones del sistema educativo (a pesar de la expansión en la cobertura) y del mercado laboral coadyuvaron a profundizar las diferencias en la estructura de oportunidades para los jóvenes, lo cual dio lugar a la consolidación de trayectorias heterogéneas (Solís *et al.*, 2008).

Cambios y continuidades en la formación de la familia en México

En las tres últimas décadas también se ha observado en México una transformación notable en el perfil demográfico asociada con cambios en su dinámica poblacional. Tras un período de altas tasas de crecimiento demográfico, México experimentó una acelerada reducción en el tamaño de la familia durante los años setenta. Ya para 1986, la tasa global de fecundidad había descendido a 3,8 (en comparación con 7,5 en 1967) y, para el año 2005, se acercaba al nivel de reemplazo (2,5) (Zavala, 2005; CELADE, 2003). Como resultado de los cambios en la dinámica demográfica —un crecimiento acelerado, seguido por una disminución en su ritmo—, ya para el año 2000, la

población de adolescentes y jóvenes entre los 12 y los 24 años representaba alrededor de 25% de la población total, mientras que la tasa de dependencia se había reducido a 64,3 (Alba *et al.*, 2006).

Formación de una unión y edad al primer hijo

En el caso mexicano, es paradójico que la reducción en las tasas de fecundidad no esté asociada con un retraso evidente en la edad a la primera unión o en la edad al nacimiento del primer hijo (Fussell, 2005).³ Entre las mujeres, las edades medianas a la primera unión y al primer hijo se han incrementado lentamente, pero siguen siendo bajas, alrededor de 19 y 21 años, respectivamente. En cuanto a los varones, se puede afirmar lo contrario; incluso hay evidencia de un rejuvenecimiento de la edad mediana al unirse, que se coloca en unos 23,8 años para una cohorte nacida a fines de los años sesenta (Samuel y Sebille, 2005; Parrado y Zenteno, 2005a).

Junto con un patrón de una temprana formación de uniones, especialmente entre las mujeres, la llegada del primer hijo sucedía poco después de la unión.⁴ Asimismo, las investigaciones sobre la baja en la fecundidad revelaron que el descenso en el número de hijos por mujer se explicaba en mayor medida por la reducción en las probabilidades de tener un hijo después del segundo o tercer nacimiento que por el retraso en la edad que tenían las mujeres al primer hijo (Zavala, 2005). Además, las mujeres mexicanas empiezan a utilizar anticonceptivos para regular su fecundidad después de casarse y, más específicamente, después de la llegada del primer hijo (Brugeilles, 2005). Se ha observado cierta disminución en las tasas de fecundidad en adolescentes, la cual se ha relacionado con un incremento en los logros educativos de algunas mujeres, así como con el tiempo que pasan en la escuela (Zavala, 2005; Welti, 2000). No obstante, antes de la entrada del nuevo siglo, las tasas de fecundidad en adolescentes aún eran altas,⁵ particularmente entre las mujeres indígenas, entre las mujeres que vivían en áreas rurales (fueran indígenas o no) y en los estados más pobres del país (Welti, 2005).

3 La legislación mexicana establece que la edad mínima para contraer matrimonio con el consentimiento de los padres es de 14 años para las mujeres y de 16 para los varones. Una persona joven puede casarse sin el consentimiento de sus padres después de que haya cumplido los 18 años de edad.

4 Aproximadamente 10% de los primeros nacimientos ocurren durante el mismo año que la unión (Brugeilles y Samuel, 2005).

5 Alrededor de un tercio de las mujeres entre las edades de 15 y 49 habían tenido un hijo antes de cumplir 20 años (Welti, 2005).

Los nacimientos fuera del matrimonio son muy poco comunes; representan menos de 10% del total (Welti, 2000). De esta manera, en el ámbito reproductivo, el patrón normativo de las transiciones ha sido muy estable y bien definido. Se esperaría que una pareja se casara, o bien viviera en unión consensual,⁶ antes de cumplir los 25 años y que tuviera hijos poco después de casarse o entrar en unión. Además, algunos estudios sugieren que hay diferencias entre las áreas rurales y urbanas (Zavala, 2005; Quilodrán, 2001). Esas diferencias —al menos en cuanto a patrones de fecundidad— se vuelven evidentes en las distintas probabilidades de tener nacimientos de orden más alto.

Pese a la estabilidad o cambio lento de la edad a la primera unión y al primer hijo, investigaciones recientes han señalado que las trayectorias de los mexicanos pueden ser más heterogéneas que antes. Aunque puede haber modificaciones menores de las edades medianas, el rango de edades para aquellas personas que experimentaron la transición después de la edad mediana parece haber aumentado, por lo menos respecto a la edad a la primera unión (Solís y Puga, 2009).

Estructura de la familia

En vista de que las disoluciones de las uniones no son frecuentes en México, una mayoría de los hijos (aproximadamente tres de cada cuatro) son criados en un hogar nuclear biparental. Sin embargo, un porcentaje significativo de todos los hogares son extensos y la proporción se incrementa entre las parejas recién unidas que se quedan a vivir con los padres de uno de ellos, o bien, cuando los padres de edad avanzada se mudan para vivir con sus hijos unidos (Giorguli, 2004). En términos de la división del trabajo, en México las familias aún siguen el patrón del «varón proveedor», si bien existe cierta evidencia de cambios marginales a ese respecto, los cuales probablemente están asociados con la creciente participación de las mujeres en la fuerza laboral (Rojas, 2008).

La salida del hogar parental en México

Uno de los eventos que generalmente se utiliza como marcador de la transición hacia la adultez es la salida del hogar parental, especialmente cuando dicho evento está vinculado con la formación de un nuevo hogar y/o con la asunción de nuevos roles o responsabilidades económicas. En México, la salida del hogar de los padres está estre-

6 En México, las uniones consensuales son comunes. En el año 2000, uno de cada cuatro individuos entre 20 y 30 años que vivían unidos en ese momento se encontraba en una unión consensual (estimaciones hechas por la autora con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000).

chamente asociada con la formación de una familia. No obstante, se observan variaciones temporales en el proceso y en el orden de los eventos. No es poco común encontrar un período de coresidencia con los padres de cualquiera de los cónyuges inmediatamente después de la unión, el cual puede extenderse hasta la llegada de los hijos (Echarri, 2005; Echarri y Pérez, 2007).

Las edades a las que los jóvenes se unen, tienen hijos y dejan el hogar de los padres sirven para predecir la secuencia y coordinación de esos tres eventos. Así, por ejemplo, los varones que se unen y que tienen hijos a edades tempranas probablemente saldrán del hogar familiar las edades más avanzadas (a finales de sus años veinte). En contraste, aquellos individuos que abandonan el hogar de los padres antes de unirse y antes de tener un hijo lo hacen a edades más jóvenes (durante la adolescencia) y, en muchos casos, las razones de su cambio de residencia se asocian con la migración por motivos educativos o laborales (Echarri, 2005). En dichos casos, también hay cierto retraso en la edad a la primera unión y al primer hijo.

Pobreza persistente, desigualdad económica y estrategias familiares

Estrechamente vinculada con los ciclos económicos, la pobreza disminuyó en México durante los años setenta, aumentó notablemente en los ochenta y, en promedio, permaneció virtualmente estancada durante los noventa —con algunas fluctuaciones relacionadas con las crisis económicas ocurridas a mediados de esa década, así como con el lento crecimiento económico que caracterizó el final de ese período (Boltvinik y Damián, 2001; Cortés *et al.*, 2003).⁷ Una apreciación conservadora de la pobreza, basada en el ingreso por hogar en México, indica que para el año 2000, la mitad de la población se encontraba por debajo de la línea de pobreza.⁸ Si bien la proporción es mayor entre los habitantes rurales (78% en comparación con 42%), en términos absolutos el número de individuos pobres en el medio

7 La desigualdad del ingreso, medida por el coeficiente de Gini, se incrementó en los años ochenta y permaneció estable (en aproximadamente 0,52) durante los noventa (Cortés *et al.*, 2003).

8 Me refiero a la línea de pobreza definida por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), basada en el ingreso del hogar y tomando en cuenta una cantidad de recursos suficientes para cubrir los requerimientos nutricionales de la familia. Las mediciones de la pobreza que incluyen otras dimensiones y bienes dan estimaciones más altas de esta (71% en el contexto urbano y 96% entre la población rural; Boltvinik y Damián, 2001: 34).

urbano rebasa el del contexto rural (31 millones en comparación con 19 millones) (Boltvinik y Damián, 2001).

Las fluctuaciones de las tasas de pobreza son, más que nada, resultado de cambios en los ingresos reales y afectan principalmente a los contextos urbanos, donde el impacto de reveses económicos se siente en el corto plazo. Desde los años ochenta y durante los noventa, las familias mexicanas emplearon diversas estrategias para hacer frente a los vaivenes económicos y a la inestabilidad que estos conllevan. Algunas de esas estrategias modificaron de manera directa el contexto en el que los jóvenes estaban creciendo y, además, sus roles y responsabilidades dentro del hogar. Se ha documentado ampliamente el hecho de que las familias mexicanas aumentaron el número promedio de sus perceptores de ingresos durante los ochenta como un modo de fortalecer el ingreso del hogar (Cortés y Rubalcava, 1993; Giorguli, 2006). Las mujeres ingresaron a la fuerza laboral, impulsadas por las necesidades económicas de sus hogares (García y De Oliveira, 1994), en tanto que los adolescentes —mayormente los varones— lo hicieron en esa etapa de su vida (González de la Rocha, 1997; Giorguli, 2004). Asimismo, la participación de las mujeres en la fuerza laboral, en un contexto de poco apoyo institucional para las madres trabajadoras, incrementó la responsabilidad de los hermanos mayores —principalmente las hijas— en el cuidado de los niños. Pasar de una estructura familiar nuclear a una familia extensa constituyó una de las estrategias que se usaban para enfrentar la inestabilidad económica y laboral.

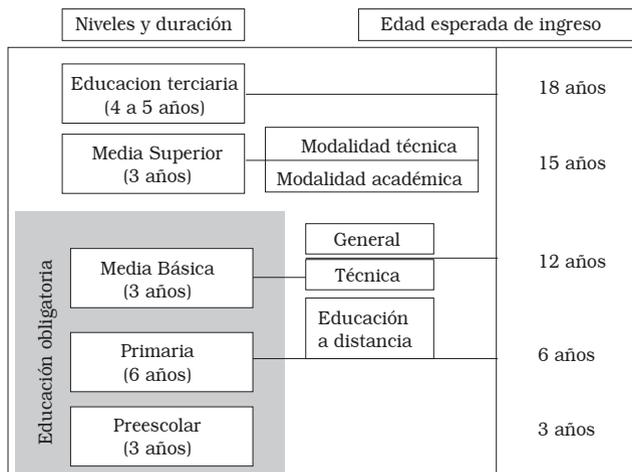
Arreglos institucionales en materia de programas educativos, laborales y de seguridad social

Sistema educativo

En México durante los noventa, la política del Estado con respecto a la educación pública se concentró en aumentar la cobertura de lo que se consideraba la enseñanza obligatoria (Reimers, 2006). Los años de escolaridad obligatoria aumentaron de seis a nueve en 1993 (para la organización del sistema educativo en México, véase la figura 1), los cuales incluían seis años de educación primaria y tres años de enseñanza media básica.⁹

9 En el inicio del siglo XXI, la legislación en esta materia cambió nuevamente, con lo que se agregaron tres años de enseñanza preescolar obligatoria (empezando a los 3 años de edad) (véase la figura 1).

Figura 1. Organización del sistema educativo mexicano y patrón esperado de edades por nivel escolar



Fuente: elaboración propia.

Para el año 2000, en México el número promedio de años de instrucción había llegado a 7,6, más de 95% de los niños menores de 12 años asistían a la escuela primaria y tenían altas probabilidades (mayores a 0,90) de terminar ese nivel de estudios (INEE, 2004). El Estado se vio obligado a efectuar una rápida expansión de los servicios educativos que ofrecía. Conforme fue subiendo la demanda y un mayor número de niños terminaba la educación primaria, el Estado comenzó a buscar otras opciones para la educación pública a nivel medio básico, especialmente para niños que vivían en el medio rural o en comunidades geográficamente aisladas. La expansión de las escuelas de nivel medio se basó en gran medida en el rápido crecimiento de las escuelas técnicas y de la educación a distancia (a través de las telesecundarias). Para el año 2000, aproximadamente un tercio de los alumnos inscritos en el nivel medio básico asistía a telesecundarias, siendo esa proporción todavía mayor (arriba de 50%) en pequeños municipios rurales (Giorguli *et al.*, 2010).

Comparado con la exitosa experiencia de extender la cobertura de la escuela primaria en décadas recientes, el crecimiento de las inscripciones y de las tasas de terminación de la educación media básica ha sido más modesto. Incluso hoy día, una importante proporción de los jóvenes desertan de la escuela sin concluir su enseñanza

obligatoria o recibir un certificado de terminación de secundaria; a la deserción escolar se le suma un problema de repetición de año durante el período de la enseñanza media (Giorguli, 2006). Sin embargo, la demanda de la educación media superior y terciaria ha aumentado en términos absolutos y relativos. No ha habido suficientes espacios disponibles dentro del sector público en lo que respecta a la educación media superior —la cual se concentra, más que nada, en áreas urbanas— para responder a esa creciente demanda (Coubès y Zenteno, 2005). Las personas que no pueden cubrir los costos de la enseñanza media superior privada o pública general (no técnica) o bien, que no logran ingresar a una escuela pública a ese mismo nivel (basado en los resultados de exámenes de selección), tienen la opción de inscribirse en modalidades de estudio menos tradicionales con horarios flexibles u orientados hacia la certificación técnica. Entre aquellos que terminan la enseñanza media básica, una proporción decide continuar en modalidades de educación técnica de enseñanza media superior; la decisión depende de su situación laboral (si se encuentran ya trabajando o no) y/o de las expectativas que tengan sobre la posibilidad de continuar después en la universidad. Independientemente de la modalidad en que cursan la educación media, los estudiantes que concluyen los tres años del nivel medio superior (es decir, el bachillerato o preparatoria) pueden solicitar su ingreso a las universidades públicas. Pero en vista del número limitado de lugares disponibles, el proceso de ingreso —basado en un examen de admisión— es sumamente competitivo y la calidad de la enseñanza en el sistema de educación media superior cursado puede definir en gran medida sus resultados en los concursos de ingreso (exámenes de selección) a las universidades públicas.

Desde sus inicios, el sistema educativo mexicano se ha caracterizado por un acceso desigual y por una calidad variable en cuanto a los servicios educativos entre las áreas rurales y urbanas, entre la población indígena y la no indígena,¹⁰ y entre las distintas clases sociales (Mier y Terán y Rabell, 2003). A pesar de los avances educativos logrados en áreas rurales y entre los grupos indígenas durante los años ochenta y noventa, no han existido políticas compensatorias exitosas en materia educativa, con lo cual se ha mantenido un patrón de desigualdad parecido al que se había observado a mediados de

10 De acuerdo con el Censo de 2000, un poco más de 10% de la población era indígena. Esos habitantes se concentraban principalmente en áreas rurales, en hogares de bajos ingresos, viviendo en la pobreza y con un menor acceso a la educación pública y a los servicios de salud.

los años setenta (Martínez Rizo, 2002). El énfasis que se dio en la expansión del sistema educativo más que en su calidad creó una nueva línea de estratificación social, que tiene que ver con el acceso a escuelas de buena o de mala calidad, lo cual se fue asociando cada vez más con la división entre las escuelas públicas y las particulares de prestigio (Reimers, 2006) y, más recientemente, con las modalidades de asistencia (por ejemplo, educación presencial *versus* educación a distancia). Así, surgieron diferencias en la calidad de la enseñanza dentro del sistema de escuelas públicas porque los recursos disponibles para estas variaban mucho de una a otra, por ejemplo, entre las áreas rurales y urbanas y dependiendo del tipo de educación (general *versus* técnica; a distancia y clases tutoriales o grupos de varios años escolares *versus* escuelas con un maestro o maestra de tiempo completo para cada año escolar).

Aunque la enseñanza privada ha crecido de manera constante, el Estado sigue siendo el principal proveedor de la educación gratuita para la mayoría de los jóvenes mexicanos hasta el nivel medio básico (las escuelas secundarias) y, además, ofrece opciones de instrucción gratuita o de bajo costo hasta el nivel terciario (universidad y estudios de posgrado) (Santibáñez, Vernez y Razquin, 2005).

Trabajo informal, vulnerabilidad laboral y oportunidades de empleo para los jóvenes

La liberalización económica y el modelo orientado a las exportaciones definieron la dinámica del mercado laboral en México durante los años noventa. Entre 1991 y 2001, los empleos en el sector manufacturero se incrementaron a un ritmo constante y recién entrado el nuevo siglo, representaron 18% de la población trabajadora. Al mismo tiempo, los empleos en el sector servicios también crecieron en términos relativos, de manera que para el año 2000, más de la mitad de la fuerza laboral (54%) estaba ocupada dentro del sector terciario (Salas y Zepeda, 2003: 57-59).

En México, la tasa de desempleo tradicionalmente ha sido baja (generalmente por debajo de 5%; Salas y Zepeda, 2003). Pero debido a la falta de algún seguro de desempleo u otros esquemas de protección social, las personas que pierden su trabajo, o bien, las que apenas buscan ingresar al mercado laboral, se ven obligadas a dedicarse a actividades que puedan no ser estables o con ingresos menores a los esperados dada su calificación. En un contexto de vaivenes económicos, el número de empleos que se han creado en el sector formal (trabajos asalariados con cierto grado de protección laboral y estabilidad)

no ha sido suficiente para absorber la demanda de nuevos empleos entre los jóvenes que se incorporan anualmente al mercado de trabajo y a los trabajadores desplazados por los cambios ocurridos en la estructura económica. Pese al descenso en la fecundidad, al término del siglo, el número de jóvenes que entraban a la fuerza de trabajo aún era elevado en términos absolutos y, al inicio de este siglo, todavía no se alcanzaba a percibir el efecto demográfico de disminución de las cohortes entre 15 y 19 años de edad. Esta presión se mantendrá por más tiempo; por ejemplo, se espera que, hasta 2015, ingresen anualmente y por vez primera al mercado laboral alrededor de 800.000 individuos (Hernández Laos, 2004).

Como consecuencia del estancamiento en la creación de empleos en el sector formal, los trabajos dentro del informal mantuvieron su tendencia ascendente, de manera que para el año 2000, más de 40% de la población económicamente activa trabajaba por cuenta propia, se dedicaba a empleos temporales o tenía un empleo sin contrato ni prestaciones (Parrado y Zenteno, 2005b y tabla 1 del presente artículo). En investigaciones recientes se ha puesto énfasis en el hecho de que los jóvenes corren un riesgo más alto de ser empleados bajo condiciones más vulnerables y dentro del sector informal (véase la tabla 1). Esto se observa principalmente entre quienes empiezan a trabajar antes de cumplir 15 años de edad, muchos de los cuales aún no llegan a la edad establecida por la legislación mexicana para comenzar a trabajar.

Tabla 1. Indicadores seleccionados del mercado laboral. México, 2000

<i>Edad mínima legal para trabajar</i>	<i>14 años-no más de 6 horas al día 16 años-tiempo completo</i>
Tasa de desempleo urbano	2,2
Porcentaje que trabaja bajo condiciones críticas de ocupación ¹	
Población ocupada	30,0
12-14	71,2
15-19	47,6
20-24	30,1
Porcentaje de trabajadores asalariados sin prestaciones laborales	
Población ocupada	42,0
12-19	68,6
20-24	43,6
Tasas de participación laboral femenina	30,5

Nota: 1. Incluye a la población ocupada de tiempo parcial de manera involuntaria, población que trabaja más de 48 horas a la semana y que percibe menos de dos salarios mínimos y/o individuos que trabajan 35 o más horas a la semana y que ganan menos de un salario mínimo.

Fuente: la tasa de desempleo se obtuvo de Salas y Zepeda, 2003; los demás datos provienen de Alba *et al.* 2006.

Otro aspecto a destacar se refiere a los rendimientos a la educación en el contexto mexicano. En México, la diferencia en el ingreso entre aquellos con educación terciaria respecto de aquellos con menor educación es muy elevada; de hecho, este diferencial se encuentra entre los más elevados de América Latina (López, 2001). No obstante, debido al gran tamaño del sector informal, existe una cierta distorsión en el vínculo tradicional que ha existido entre el nivel educativo y el ingreso. Aunque hoy la relación entre educación y salarios es positiva, las ganancias en término de ingreso son pequeñas en los años de escolaridad previos a la enseñanza media superior, punto en el cual la brecha comienza a ensancharse. Un año adicional de educación entre la primaria y la educación media básica no necesariamente asegurará el acceso de la persona a un empleo formal dentro del sector de asalariados, o bien a un ingreso considerablemente mayor (López, 2001; para el caso de Monterrey, véase también Solís, 2007). En cierta medida, este factor desestimula la permanencia en la escuela de los jóvenes que consideran tener pocas expectativas para terminar la educación media superior o de ingresar a las universidades.

Por último, la participación en el mercado de trabajo muestra marcadas diferencias por género. En México, las tasas de participación laboral femenina se mantenían particularmente bajas (alrededor de 30,5%) a fines del siglo XX, si bien habían aumentado rápidamente en las tres décadas anteriores. Esas tasas bajas se asocian con una división del trabajo persistentemente tradicional. Estudios recientes han enfatizado que las mujeres trabajadoras tienden a interrumpir

sus trayectorias laborales cuando se unen, incluso antes de la llegada de los hijos (Ariza y De Oliveira, 2005).

Seguridad social y el régimen de bienestar

En su trabajo sobre los regímenes de bienestar en América Latina, Filgueira y Filgueira (2002) definieron el régimen de seguridad social mexicano como débil y fragmentado dado que no implica una cobertura universal de varios de los servicios básicos. El acceso a la seguridad social ha sido tradicionalmente diferenciado y depende del acceso a empleos formales. Al favorecer más a ciertos grupos de la población que a otros (principalmente, a los sectores urbanos, a empleados del gobierno y a otras personas que trabajan en el sector formal), no ha sido capaz de mitigar el impacto social de los reveses económicos y del ajuste estructural (Filgueira y Filgueira, 2002; Fussell, 2004 y 2005). Este último también implicó una reducción en el gasto público social durante los ochenta, la cual no solamente afectó la cobertura, sino también la calidad de los servicios, especialmente en lo que respecta al suministro, por parte del sector público, de servicios de salud y de educación.

Asimismo, esa reorientación de las políticas económicas dio lugar a un cambio en los programas encaminados a abatir la pobreza; si bien habían seguido un enfoque centrado en mejorar la infraestructura local y los servicios, posteriormente se dedicó al diseño de programas focalizados hacia los pobres que incluían transferencias monetarias para familias de bajos ingresos cuyos hijos estaban en edad escolar. En otros trabajos se ha documentado el impacto positivo de las transferencias monetarias condicionadas sobre las tasas de asistencia escolar entre la población adolescentes (Parker y Skoufias, 2001).¹¹

La transición hacia la adultez en un contexto de inestabilidad económica

La cohorte joven que se analizó en esta investigación vivió la transición hacia la adultez en un contexto de severa inestabilidad económica y bajo un régimen de bienestar fragmentado. En tales condiciones, las estrategias familiares cobran mucha importancia como una

11 En vista de que este programa de transferencias monetarias se lanzó en 1998, no afecta los análisis presentados aquí porque estos se basan en datos recopilados en el año 2000.

red de seguridad alterna para hacer frente a la incertidumbre. En la literatura sobre este tema, se sugiere que, en el caso de México, los adolescentes han desempeñado un papel económico clave como parte de esas estrategias, ya sea como perceptores de ingresos o en el cuidado de los niños/adultos mayores. Así, podemos esperar que las transiciones en el ámbito productivo, principalmente el ingreso a la fuerza de trabajo, se definan en gran medida por las necesidades económicas del hogar en cuestión, reproduciéndose la estructura de desigualdades que caracteriza el contexto mexicano.

En este escenario, para muchos de los adolescentes, el asumir responsabilidades dentro del hogar —como cuidadores o como perceptores de ingreso— y las transiciones prematuras hacia la esfera productiva¹² no necesariamente les proporcionan mayor autonomía en las decisiones que tomen en el ámbito reproductivo. Pudiera ser que, esta dependencia de la familia de origen como fuente de seguridad frente a la incertidumbre en el ámbito laboral se vincula con una fuerte supervisión familiar bajo un esquema de valores tradicionales en torno a la sexualidad. Esto podría explicar que en México se haya mantenido un patrón estable y menos variable en lo que se refiere a la edad a la primera unión y al primer hijo.¹³

Fuentes de información y métodos

Los resultados presentados en esta parte se basan en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (INEGI, 2000). Esta encuesta, representativa a nivel nacional, recopila información sociodemográfica sobre los jóvenes en México. Incluye la condición de asistencia a la escuela y de empleo, además de otras variables relativas a la formación familiar, situación conyugal y parentalidad.¹⁴ Este trabajo se centra en el análisis de los jóvenes entre los 12 y los 24 años de edad. Esta selección corresponde al rango de edades en el cual más de la mitad

12 De acuerdo con las normas de la educación obligatoria en México, defino como «prematuras» cualesquier transición hacia el ámbito productivo (por ejemplo, el abandono de la escuela o el ingreso al mercado laboral) que ocurran antes de que el individuo complete la enseñanza media básica.

13 Echarri y Pérez (2007) proponen una hipótesis similar en su estudio sobre el curso de vida de los jóvenes en México.

14 La Encuesta Nacional de la Juventud es de las pocas fuentes de información en México representativas a nivel nacional que contienen información sobre los padres y la familia de origen, independientemente de si los jóvenes corriesen o no con ellos al momento de su levantamiento. El tamaño de muestra permite el análisis desagregado, incluso según edades desplegadas, de las transiciones en las esferas productiva y reproductiva.

de los jóvenes mexicanos experimentaban las cinco transiciones que se estudian aquí: la salida de la escuela, la entrada al mercado de trabajo, la salida del hogar de los padres, el inicio de la vida en pareja y la llegada del primer hijo.

Para este trabajo utilizamos tres variables dependientes. La primera se refiere al ámbito productivo; capta el estatus de asistencia escolar y la situación laboral de estos jóvenes entre 12 y 24 años de edad. Esta variable se agrupa en cuatro categorías: solo estudia (*categoría de referencia*); trabaja y estudia; solo trabaja; no estudia ni trabaja. Las otras dos variables se refieren a las transiciones en el ámbito reproductivo; combinan la situación conyugal con la llegada de los hijos y la jefatura familiar, esta última como una *proxy* de la salida del hogar de los padres.¹⁵ La situación conyugal y la jefatura del hogar (o bien, ser cónyuge del jefe) se toman como indicadores del inicio de la vida en pareja de manera independiente. Esta variable separa entre aquellos que alguna vez han estado unidos —ya sea en una unión formal o consensual— en combinación con la condición de coresidencia con los padres o suegros. Esta variable cuenta con tres categorías: nunca unido/a ni jefe o cónyuge del jefe (*categoría de referencia*), alguna vez unido/a y jefe/a o cónyuge del jefe, y una categoría residual. La tercera variable considera tanto la situación conyugal como la llegada del primer hijo y se agrupa en tres categorías sin hijos (*categoría de referencia*), nunca unido/a y con hijos o bien, alguna vez unido/a y con hijos.

La estrategia metodológica incluye la descripción de los datos por edad y sexo, así como la estimación de modelos logísticos multinomiales para cada transición, controlando por edad, lugar de residencia (rural o urbano) y características de los padres (nivel educativo alcanzado por ambos y ocupación del padre).¹⁶

15 Las variables sobre situación conyugal y parentalidad solamente se captan a partir de los 15 años de edad. En consecuencia, el análisis de las transiciones en materia reproductiva se concentra en los jóvenes de 15 a 24 años de edad.

16 La fuente de información utilizada no capta la condición de ser o no indígena. Esta es una variable importante para captar la divergencia en las trayectorias de los jóvenes en México. A pesar de esta limitación, se esperaría que el lugar de residencia y el nivel educativo de los padres capten, en gran medida, las diferencias entre las poblaciones indígena y no indígena.

Resultados

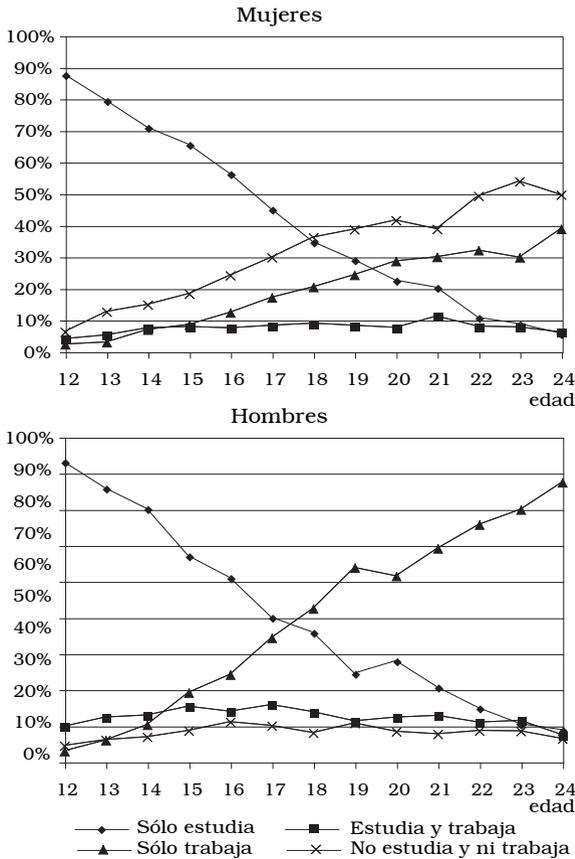
Transiciones del curso de vida en el ámbito productivo

El gráfico 1 muestra que más de 90% de los niños de 12 años de edad asistían a la escuela en el año 2000; esta es la edad esperada para concluir el sexto grado de primaria y hacer la transición hacia la enseñanza media básica. El decremento gradual pero constante en la proporción de jóvenes que estudiaban después de cumplir 12 años indica que no existen puntos de corte claros en lo que se refiere a una edad estándar (o bien, edades) en la que se consideraría se termina de estudiar (por ejemplo, al finalizar la educación media básica a los 15 o la educación media superior a los 18). Aunque en México es obligatorio terminar la enseñanza media básica, no se observa una estandarización clara en el momento de dejar la escuela. Para los 14 años de edad —cuando se supondría que la mayoría de los jóvenes estaría cursando el último año de la educación media básica—, cerca de 20% de los niños y niñas ya no estaban inscritos en la escuela. En el mismo sentido, a los 18 —la edad esperada para terminar la media superior—, 31% de los jóvenes no habían terminado el nivel de enseñanza media (estimación basada en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000).

Para una proporción importante de los adolescentes mexicanos, el ingreso a la fuerza de trabajo constituye la primera transición que experimentan (Pérez, 2006). Esto explicaría en parte la continua presencia de un segmento de los jóvenes que combinan la escuela con el trabajo, lo cual es más común entre los varones. El hecho de que dicha proporción se mantenga baja y constante en todas las edades sugiere que, aun cuando los adolescentes empiezan a trabajar sin interrumpir sus estudios, es posible que abandonen la escuela poco tiempo de haber ingresado a la fuerza de trabajo.¹⁷

17 Alrededor de 22% de los individuos que habían dejado la escuela y que estaban trabajando experimentaron ambas transiciones a la misma edad. Otro 27% dejó la escuela uno o dos años después de empezar a trabajar. Aproximadamente un tercio (35,8%) salió de la escuela antes de ingresar a la fuerza de trabajo (estimaciones basadas en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000).

Gráfico 1. Estatus escolar y laboral por edad y por sexo. México, 2000



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

El gráfico 1 también indica diferencias por género en las tendencias en la esfera productiva. Si bien no se observan grandes diferencias en la asistencia a la escuela durante la adolescencia, la mayoría de las mujeres jóvenes que no estudiaban tampoco estaban ocupadas en trabajos extradomésticos. En su mayoría, informaron que participaban principalmente en tareas domésticas o en el cuidado de menores o de adultos mayores dentro del hogar. En contraste, los varones jóvenes ingresaban a la fuerza de trabajo con mayor frecuencia que las mujeres. Este resultado apoyaría la hipótesis que

señala que el trabajo entre adolescentes refleja una estrategia del hogar en la que se opta con mayor frecuencia a la participación de los varones jóvenes frente a las mujeres en el mercado de trabajo (González de la Rocha, 1997).

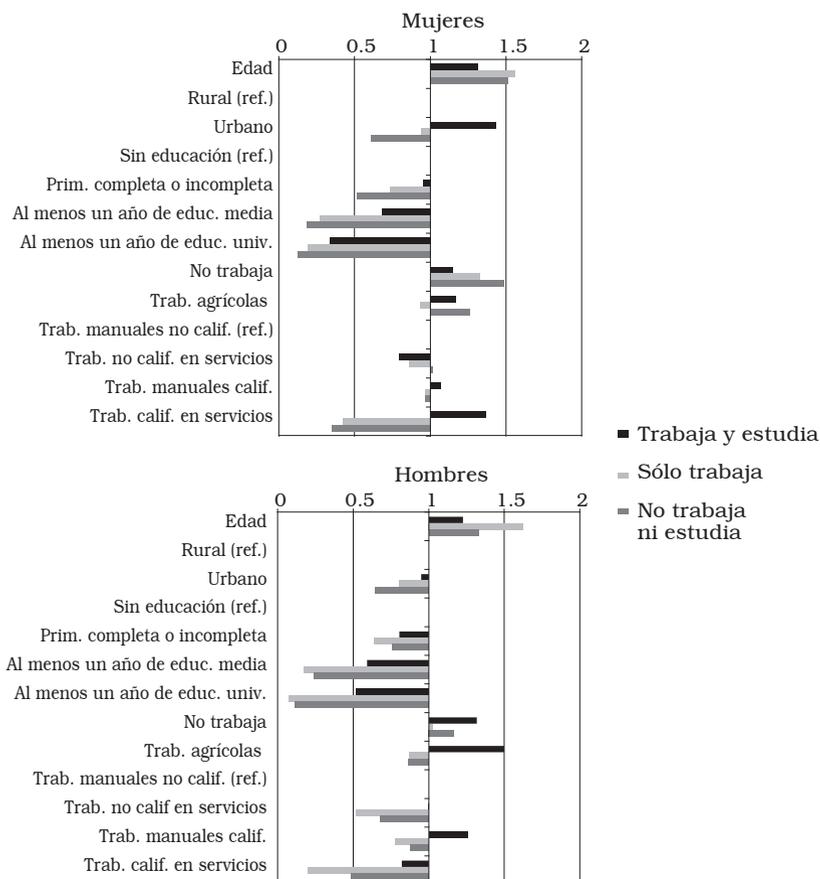
En lo que respecta a la participación de las mujeres jóvenes en la fuerza de trabajo, los datos revelan que es mayor que los niveles nacionales para las mujeres de todas las edades. En el año 2000, para la edad de 20 años, la proporción de mujeres que trabajaban (36% si se considera las que seguían estudiando y que a la vez trabajaban) rebasaba la tasa de participación femenina a nivel nacional (30,5%) y para la edad de 24, seguía siendo alta (aproximadamente 40%).

Esta primera aproximación descriptiva a los datos resalta la presencia de diversos caminos dentro del ámbito productivo. Por una parte, un grupo de los jóvenes abandona la escuela y asume roles o responsabilidades de adultos durante los primeros años de su adolescencia, inclusive *antes de* completar la educación obligatoria. En el otro extremo, una reducida proporción de los jóvenes de ambos sexos retrasan su ingreso al mercado laboral y permanecen en la escuela hasta sus primeros veinte años, principalmente con el fin de hacer estudios universitarios. El análisis multivariado que se presenta a continuación muestra que en México, el nivel educativo de los padres es la variable que más diferencia las trayectorias de los adolescentes (véanse el gráfico 2 y la tabla A3 del anexo). Conforme aumenta el nivel educativo de los padres, los jóvenes tienen mayores posibilidades de retrasar ambas transiciones: la de salir de la escuela y la de ingresar al mercado laboral.

Los resultados apuntan hacia la existencia de dos grupos: jóvenes cuyos padres cuentan con la primaria o no tienen estudios y, por otra parte, aquellos cuyos padres estudiaron secundaria o más. En el caso de los varones que pertenecen al primer grupo, las probabilidades de solo estar trabajando son mayores y la tasa de asistencia a la escuela es menor en comparación con el grupo cuyos padres cursaron al menos un año de secundaria. La combinación de estudios y trabajo es poco frecuente, lo que sugiere que es más bien un recurso utilizado entre los grupos socioeconómicos más altos. Por último, si nos apegamos al argumento de la necesidad económica como uno de los factores que inducen al abandono escolar y la entrada temprana al mercado de trabajo, destaca la elevada proporción de jóvenes que no trabajen ni estudian. Aunque esto queda como un tema para futuras investigaciones, puede explicarse parcialmente por los períodos de espera que resultan de la alta rotación de los empleos informales entre los varones jóvenes.

Entre las jóvenes con padres de baja escolaridad, la salida temprana de la escuela se vincula más con las probabilidades de no trabajar ni estudiar que con las probabilidades de estar ocupado o buscando trabajo. Si suponemos que las jóvenes cuyos padres no estudiaron abandonan la escuela principalmente debido a las necesidades económicas del hogar, las altas probabilidades de que no trabajen ni estudien parecen paradójicas.

Gráfico 2. Razones de momios basadas en los coeficientes de la regresión logística multinomial del estatus escolar y laboral por sexo (Referencia: solo estudia). México, 2000



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Otro elemento que indica los patrones divergentes a la adultez entre los jóvenes es la ocupación del padre. Los hijos de trabajadores calificados del sector servicios muestran una trayectoria notablemente distinta en el ámbito productivo. Para estos varones, el retraso en la salida de la escuela es congruente con las más bajas probabilidades de trabajar comparados con los otros jóvenes.

Entre las hijas de estos trabajadores calificados se observan probabilidades elevadas de permanecer como estudiantes de tiempo completo; aunque destaca que también las probabilidades de combinar los estudios y el trabajo son más altas comparadas con los otros grupos. También son más bajas las probabilidades de que no trabajen ni estudien (0,127), en comparación con las mujeres de otras categorías de ocupación del padre (en un rango de 0,268 a 0,34).

Si bien las diferencias según el lugar de residencia (rural y urbano) son significativas (véase el gráfico 2), una vez que examinamos las probabilidades, estas no reflejan grandes diferenciales ya que las otras variables captan la mayor parte de la variación (véase la tabla A3 del anexo). No obstante, dichas probabilidades indican que en los contextos rurales, es más frecuente que las jóvenes no inscritas en la escuela no estén trabajando ni estudiando, lo que coincide con las tasas más bajas de participación laboral femenina y una división por sexo más tradicional del trabajo en dichos entornos.

Los hallazgos en torno a las transiciones en el ámbito productivo sugieren que el decremento gradual en la asistencia escolar —más que la prevalencia de edades donde claramente se terminen niveles educativos y los jóvenes dejen de estudiar— está asociado con la ineficiencia del sistema educativo mexicano. A pesar de la expansión de las escuelas públicas a nivel medio básico en todo el país, una proporción significativa de los adolescentes no están terminando la enseñanza media a tiempo, o simple y sencillamente, no la concluyen. Ese patrón se ve reproducido entre aquellos que sí ingresan al nivel medio superior. Las repeticiones de año escolar y las deserciones antes de obtener el certificado que acredite la terminación del nivel reflejan la debilidad del sistema educativo para estandarizar las transiciones de los jóvenes en el ámbito productivo. Asimismo, la ausencia de momentos claros de terminación de la trayectoria escolar podría estar asociada con lo modesto de las ganancias en ingreso que se logran en los rendimientos de la educación en los distintos niveles de la enseñanza media. En estos casos, podría ocurrir que lo modesto de las ganancias en retornos a la educación antes del ingreso a la universidad desanimara a los jóvenes y a sus familias a invertir más a fin de completar la enseñanza media.

Las características de la familia de origen son las que en buena medida determinan las variaciones temporales en estas transiciones. La educación de los padres es el gran factor divisor para las transiciones de los jóvenes en la esfera productiva. Si tomamos en cuenta los efectos más débiles de la ocupación del padre, encontramos que —junto con las necesidades económicas del hogar—, un capital cultural más reducido u otros factores relacionados con el ambiente de aprendizaje pueden estar desempeñando un papel importante en las trayectorias educativas de los jóvenes.

Otro hallazgo interesante es que, en el caso de los varones jóvenes, la combinación de trabajo y escuela está vinculada con un nivel educativo más alto de los padres (pero no con un estatus socioeconómico más elevado, si se mide a través de la ocupación del padre). Poco sabemos acerca del significado o impacto de la combinación de trabajo y estudio sobre la trayectoria educativa y el futuro laboral. Empero, podría ser que esta combinación permita a algunos varones jóvenes permanecer más tiempo en la escuela, o bien que los niveles educativos más altos de los padres pueden animar a sus hijos a seguir estudiando, aun cuando las necesidades económicas de la familia los obliguen a entrar a la fuerza de trabajo sin haber terminado sus estudios.

Consistente con el modelo del «varón proveedor» y con la tradicional división del trabajo por género en México, los caminos que llevan a los jóvenes a salir de la escuela e ingresar a la fuerza laboral muestran claras diferencias por género desde la adolescencia. Las tasas de inscripción no varían mucho por sexo, pero las actividades a las que se están dedicando los varones y mujeres jóvenes después de salir de la escuela sí muestran diferencias. La estratificación por género del ingreso al mercado de trabajo es más pronunciada en los contextos rurales.

Por último, hay un grupo que se distingue de los demás. Los hijos de trabajadores calificados ocupados en el sector servicios muestran una trayectoria notablemente distinta. Estos cuentan con mayores probabilidades de seguir inscritos como estudiantes de tiempo completo, incluso llegando hasta la educación terciaria.

Transiciones del curso de vida vinculadas con la formación de una unión y la salida del hogar de los padres

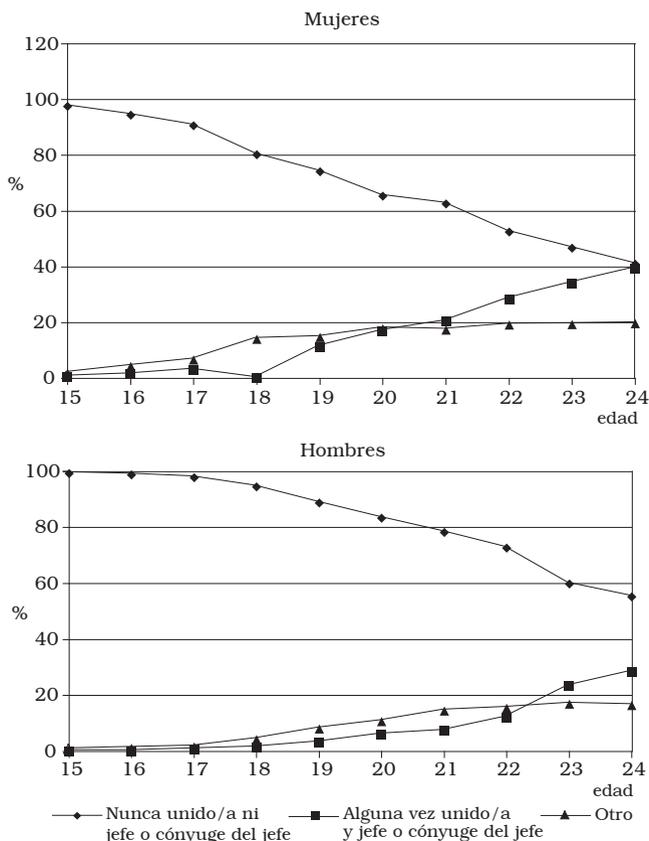
El gráfico 3 ilustra el patrón etario en la formación familiar en México y en qué medida este proceso está vinculado con el establecimiento de un hogar independiente (es decir, con la salida del hogar de los padres). Entre las mujeres, estas dos transiciones se dan a edades

menores que en el caso de los varones. A los 24 años de edad, 60% de las mujeres habrán experimentado al menos una de estas transiciones, mientras que la misma proporción para los hombres es de 45%.

Durante la adolescencia de las mujeres y hasta los 22 años en el caso de los varones fue más común haber experimentado solamente una transición y no dos (categoría de «otro»). Muchos de los individuos que habían vivido una sola transición estaban unidos (alrededor de 80% de los hombres y 90% de las mujeres). Especialmente en el caso de los que se unieron jóvenes (antes de cumplir 20 años), la mayoría permanecía en el hogar de los padres o de los suegros. Inclusive a los 24 años, 30% de los jóvenes unidos aún no formaba un hogar independiente.

Al igual que con las transiciones en el ámbito productivo, no existe un corte claro en la edad a la primera unión. Lo que sí se observa es que las transiciones en el ámbito reproductivo ocurren después o a edades mayores que las transiciones en el ámbito productivo, particularmente en el caso de los varones. Es decir, no necesariamente hay una coordinación en la ocurrencia de las transiciones en los ámbitos productivo y reproductivo. De hecho, para una gran proporción de los jóvenes, la combinación de una transición temprana en el ámbito productivo con un período de residencia en el hogar de los padres después de casarse, sugiere que el ingreso al mercado laboral no está inexorablemente asociado con la independencia necesaria para crear un hogar separado del de la familia de origen.

Gráfico 3. Estatus de unión y jefatura del hogar (jefe/a o cónyuge del jefe/a) por edad y por sexo. México, 2000

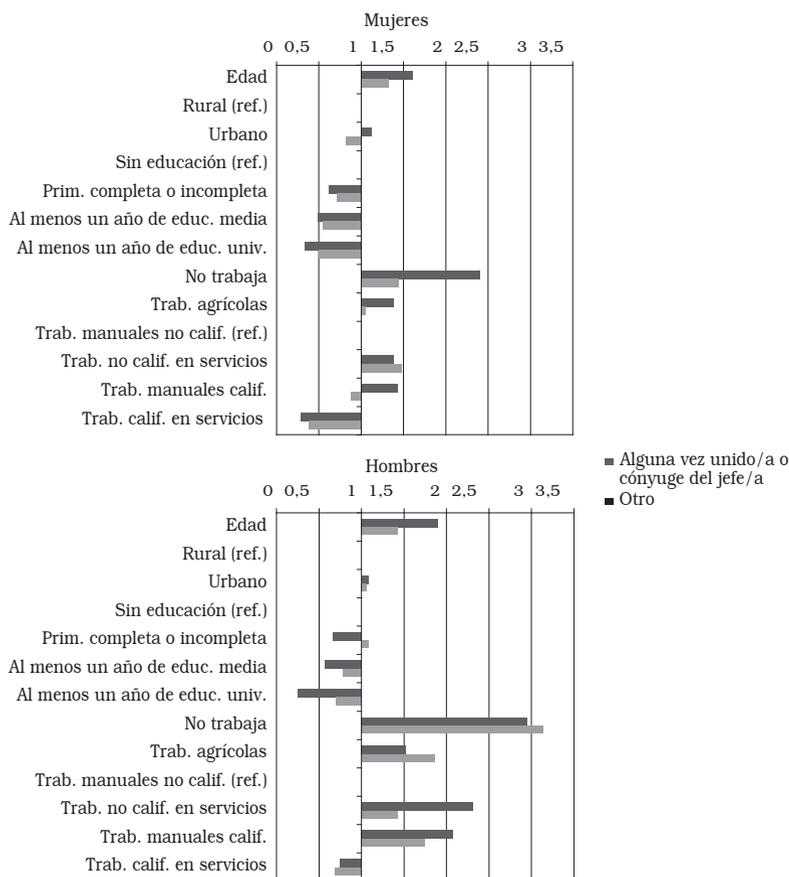


Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Pese a las marcadas diferencias que rodean a los jóvenes que crecen en contextos rurales y urbanos, no se observa una variación significativa en los patrones de entrada a la primera unión y/o salida del hogar de los padres (véanse el gráfico 4 y la tabla A5 del anexo). Sin embargo, sí hay una variabilidad en cuanto a los factores que influyen en esas transiciones según el género. El nivel educativo de los padres tiene un efecto más fuerte sobre la entrada en unión y la formación de un hogar independiente entre las mujeres comparado

con el mismo efecto para los hombres. Entre estos últimos, el factor más determinante es la ocupación del padre (véanse el gráfico 4 y la tabla A5 del anexo). Entre las mujeres jóvenes, conforme aumenta el nivel educativo de los padres, disminuyen las probabilidades de que experimenten una o ambas transiciones. Para los varones jóvenes, parece haber distintos patrones, dependiendo de la ocupación del padre. En el extremo inferior de la jerarquía social, los hijos de padres desempleados o que no están trabajando tienen las mayores probabilidades de experimentar una transición o ambas en la esfera reproductiva. Siguiendo una trayectoria distinta, los hijos de trabajadores no calificados que trabajan en el sector servicios y de trabajadores manuales calificados experimentaron la transición hacia la adultez en la forma convencional, es decir, se unieron y formaron un hogar independiente.

Gráfico 4. Razones de momios basadas en los coeficientes de la regresión logística multinomial del estatus de unión y jefatura del hogar por sexo (Referencia: Nunca unido/a ni jefe o cónyuge del jefe). México, 2000



Notas: * $p < 0,01$; ** $p < 0,001$

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

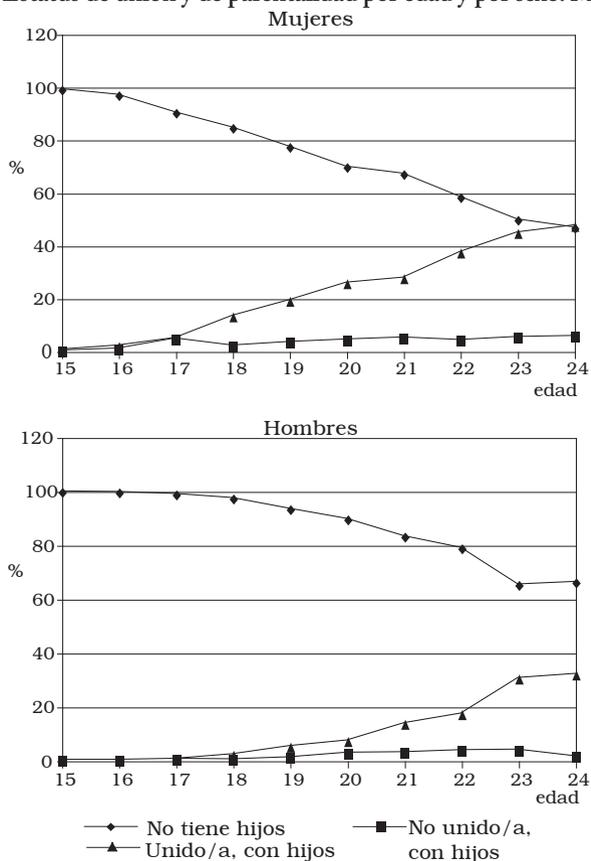
Tal como observamos en el ámbito productivo, por último hay un grupo —aquellos hombres y mujeres jóvenes cuyo padre es un trabajador calificado dentro del sector servicios— que muestra el comportamiento más divergente. Habíamos reportado que ese grupo claramente retrasaba su entrada al mercado laboral y salida de la escuela. Coherente con lo anterior, también posponen las transiciones en la esfera reproductiva.

En el caso de las mujeres, pero no en el de los varones, las líneas de diferenciación de las trayectorias hacia la adultez en el ámbito reproductivo son las mismas que hemos visto en la esfera productiva. Para estas, es probable que las expectativas acerca de la educación y del ingreso a la fuerza laboral relacionado con mayores logros educativos retrasen la transición hacia la unión y la formación de un hogar independiente, un efecto que se capta mediante el nivel educativo de los padres. Para los hombres, dicho efecto en la esfera reproductiva es más contradictorio y difícil de interpretar. La falta de recursos —medida por la ocupación del padre— podría constituir un argumento para demorar el proceso de unirse y abandonar el hogar familiar. Sin embargo, nuestros resultados indican lo contrario.

Transiciones del curso de vida asociadas con la formación de una unión y la parentalidad

Como observamos en cuanto a la formación de una unión y la salida del hogar de los padres, la transición hacia la parentalidad se da de manera gradual entre los jóvenes mexicanos y a edades más tempranas entre las mujeres en comparación con los varones (véase el gráfico 5). La maternidad durante la adolescencia es poco común (3% a los 16 y 10% a los 17 años), mientras que la paternidad es virtualmente inexistente (menos de 2% para los varones de 18 años de edad o menos). El nacimiento de los hijos fuera de una unión se mantiene como un evento poco frecuente, inclusive a pesar de la ilegalidad del aborto y que las tasas del mismo son más bajas que en otros países en vías de desarrollo (por ejemplo, en comparación con Corea del Sur). Este dato quizás pueda asociarse con la persistencia de valores conservadores en torno a la familia y/o el fuerte control social ejercido sobre los jóvenes en vista de su dependencia de la familia como una red de protección. Este hecho sugiere que se supervisa rigurosamente la conducta sexual de los jóvenes o bien, que pueden verse forzados a unirse cuando ocurre un embarazo no planeado. Entre las mujeres muy jóvenes, de 17 años de edad, la proporción de madres unidas y no unidas es semejante (4,5% en ambos casos). A los 18 años la proporción de madres no unidas es evidentemente menor (2,1% *versus* 13% para las madres unidas) y el predominio de estas últimas en comparación con las madres no unidas sigue, e incluso aumenta, para las siguientes edades individuales analizadas en este capítulo.

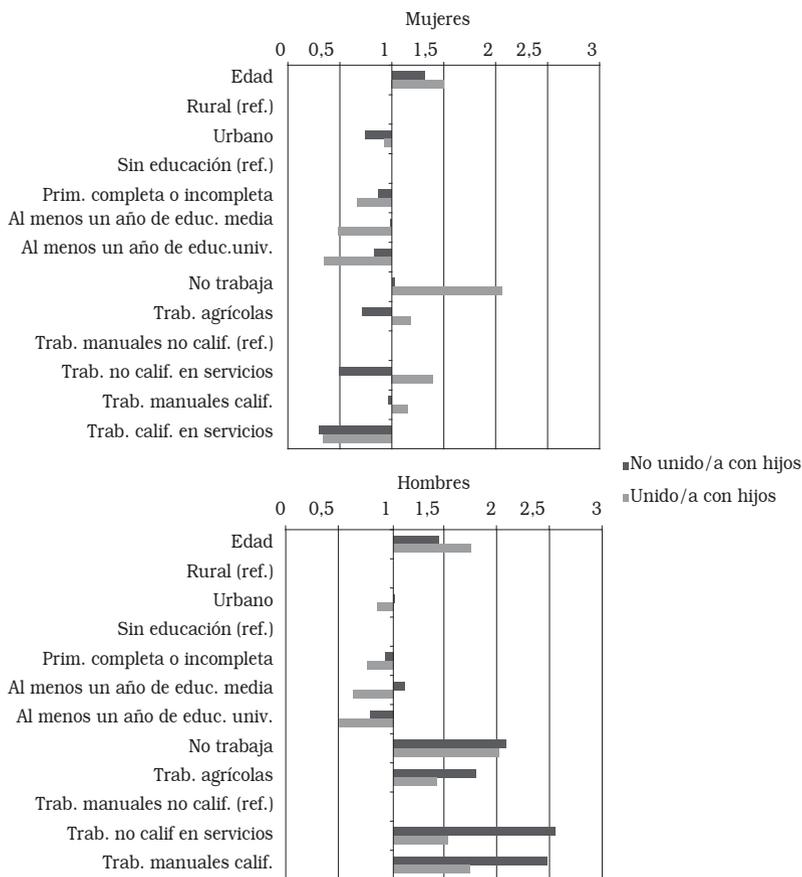
Gráfico 5. Estatus de unión y de parentalidad por edad y por sexo. México, 2000



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

La parentalidad fuera de una unión no está asociada con las características económicas de la familia de origen ni con el lugar de residencia. Solo la edad mostró una relación estadísticamente significativa con las probabilidades de tener un hijo sin estar unido (véase el gráfico 6). Este efecto de la edad es aún mayor en cuanto a las probabilidades de seguir una trayectoria normativa, es decir de estar unido/a y ser padre/madre.

Gráfico 6. Razones de momios basadas en los coeficientes de la regresión logística multinomial del estatus de unión y parentalidad por sexo (Referencia: No tiene hijos). México, 2000



Notas; *p<=0,01; **p<0,001

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tal como hemos visto con las demás transiciones en la esfera reproductiva, la educación de los padres claramente se asocia con diferencias en los caminos de las jóvenes hacia la maternidad. Las probabilidades de no tener hijos se incrementan gradualmente conforme la educación de los padres aumenta (véase la tabla A7 del anexo). En el caso de los varones, solamente algunas de las categorías de la ocu-

pación del padre fueron significativas. Tanto entre los varones como entre las mujeres, cuando el padre estaba desempleado o no estaba trabajando, las probabilidades de estar unido y tener un hijo eran mayores en comparación con los hijos de trabajadores manuales no calificados. Este escenario es contradictorio, pues el grupo que probablemente experimenta la situación económica más vulnerable es precisamente el que se vuelve padre o madre a edades más tempranas. En nuestro análisis de las transiciones dentro del ámbito productivo, no encontramos efectos significativos de dicha categoría sobre las razones de momios. Es muy factible que los hijos de padres desempleados o de padres que no están trabajando no tengan acceso a servicios de planificación familiar, aunque ese hecho puede ser insuficiente para explicar por qué sus transiciones en la esfera reproductiva ocurrieron más pronto. Las expectativas, la mayor incertidumbre económica en la familia de origen, y la percepción sobre la falta de agencia y control sobre las decisiones que influyen en sus vidas podrían estar explicando el que las transiciones reproductivas ocurran antes. En estudios anteriores también se ha sugerido que, para un grupo de jóvenes, la unión constituye una manera de salirse del hogar de los padres, en vista de que la emancipación (la salida del hogar familiar sin estar unido/a) es una alternativa a la que pocas veces recurren los jóvenes mexicanos (Pérez, 2006 y Echarri y Pérez, 2007).¹⁸

Por último, sobresalen las hijas de los trabajadores calificados del sector servicios debido a su comportamiento, que es muy distinto de las demás. Tienen el menor riesgo de ser madres —lo cual es consistente con la demora en las otras transiciones que se analizan en este trabajo.

Los caminos hacia la adultez en México

La accidentada evolución económica que se vivió en México durante los años ochenta y noventa ocurrió paralelamente con la inmersión de nuestro país en la economía global y la expansión de los medios de comunicación masiva en un país mayormente urbano. Estos procesos trajeron consigo cambios en la cultura y en los patrones de consumo que, a su vez, influyeron en las preferencias y expectativas de los jóvenes (Tienda, 2002). Se esperaba que dichos cambios transformaran la transición hacia la adultez en México, que poco a poco convergería

18 Si bien el análisis presentado en la sección anterior mostró que en México, la coresidencia con los padres o con los suegros es común, la mayoría de los jóvenes casados o en unión vivía en hogares independientes.

con los patrones típicos de las sociedades industrializadas. La expansión del sistema educativo, así como las modificaciones en el comportamiento reproductivo, se consideraron como las principales fuerzas motrices de ese proceso de transformación.

Mostramos que, hasta el año 2000, las instituciones sociales tuvieron una influencia muy débil sobre las variaciones temporales en las transiciones de los jóvenes dentro de la esfera productiva. Pese a la expansión del sistema educativo, las escuelas no lograron mantener a sus alumnos inscritos hasta que terminaran los años de enseñanza obligatoria. La flexibilidad del sistema pudo haberles permitido a los jóvenes que salieron del sistema formal pasarse a otras modalidades educativas o bien, entrar y salir alternadamente de la escuela. Sin embargo, para el año 2000, las tasas de terminación para la enseñanza media básica todavía eran bajas. La insuficiente ampliación de la educación pública a nivel medio superior, así como la distorsión que el mercado de trabajo informal crea sobre los rendimientos de la educación, exacerban la falta de puntos claros de corte etarios (asociados, por ejemplo, con la edad esperada para obtener un certificado) para una gran proporción de los adolescentes mexicanos. Además, el sistema educativo de nuestro país no logró compensar las diferencias sociales asociadas a la familia de origen, puesto que las oportunidades de permanecer en la escuela más allá de la enseñanza obligatoria dependían incluso más que antes de los antecedentes familiares.

En las últimas décadas del siglo XX, los adolescentes en México aún desempeñaban un papel económico importante dentro de sus hogares. De esta manera, la necesidad económica de su respectivo hogar definió, en gran medida, las actividades a las que se dedicarían y determinó su ingreso temprano al mercado laboral o la asunción de roles como cuidadores de niños o de adultos mayores o como amas de casa (para las adolescentes). Sin embargo, la adopción temprana de estos «roles de adulto» no necesariamente estaba vinculada con una mayor autonomía, ya que los adolescentes seguían dependiendo de sus familias como redes de protección.

El hecho de que los jóvenes dependieran de los recursos familiares también incidió en la manera en que las transiciones se dieron en la esfera reproductiva. La aceptación social de seguir viviendo con los padres o con los suegros después de unirse diluyó el costo de establecer un hogar independiente y explicó por qué había sido tan lenta y modesta la modificación de las transiciones en el ámbito reproductivo. La protección proporcionada por la familia sería especialmente importante entre aquellos adolescentes que experimentaron las transiciones (de entrar en unión o tener un hijo) muy tempranamente —es decir, antes

de cumplir los 20 años de edad. Las probabilidades de quedarse en el hogar de los padres después de comenzar una unión eran mayores en este grupo. El acceso a las redes de apoyo familiar estarían mitigando los efectos negativos de un embarazo adolescente sobre la situación socioeconómica de él o ella y sobre el futuro de su hijo.

Tener un hijo y entrar en una unión siguen siendo eventos altamente coordinados dentro del curso de vida de los jóvenes mexicanos. El patrón prevaleciente de una ocurrencia de las transiciones en la esfera reproductiva a temprana edad (entre los 17 y 19 años de edad, o en los primeros 20 años, en el caso de las mujeres), aunado con la deserción de la escuela y el ingreso en el mercado laboral en ese mismo rango de edades, sugieren un período de juventud bastante corto entre la mayoría de los adolescentes mexicanos.

En México, la persistente desigualdad social dio lugar a dos patrones transicionales diferentes hacia la adultez —uno que se aplica a la gran mayoría y el otro, a un pequeño segmento de la elite. Este último, un grupo de adolescentes de las clases más altas, retrasó sus transiciones en las esferas productiva y reproductiva. Para este grupo de jóvenes de mayores recursos económicos, el patrón de transiciones a la adultez es muy similar al que prevalece en los países industrializados.

Para concluir, los resultados de esta investigación invitan a un análisis más profundo sobre de las expectativas y preferencias que los jóvenes albergan respecto a su futuro a fin de comprender mejor la forma en que se dan las transiciones a la vida adulta. Es posible que una gran proporción de los mexicanos jóvenes perciban tener poco control sobre las decisiones que definen cómo van transitando hacia la adultez. Por otra parte, es probable que la incertidumbre económica resultante de la inestabilidad del mercado laboral los desaliente a invertir más tiempo en la escuela, especialmente en el caso de las familias de bajos ingresos. Aunque podemos esperar que los años de escolaridad sigan incrementándose de manera inercial, los cambios pueden ser modestos y ocurrir lentamente. La inestabilidad del mercado laboral, así como la debilidad de las instituciones sociales —específicamente en materia de salud y educación— nos dan razones para pensar que la dependencia de estos jóvenes de los recursos familiares se mantendrá en el corto plazo. Si bien la exposición a los patrones de consumo global puede orientar la preferencia de los jóvenes hacia un retraso en sus transiciones en las esferas productiva y reproductiva, el contexto económico y social transmite un poderoso mensaje para la mayoría de ellos acerca del poco margen de influencia que puedan tener sobre su devenir económico.

Anexo

**Tabla A1. Características de la muestra para las variables independientes.
Población de 12 a 24 años. México, 2000**

<i>Variable</i>	<i>Media o distribución</i>
Edad	17,4
Sexo	
Hombres	46,8
Mujeres	53,2
Lugar de residencia	
Rural (menos de 15 mil habitantes)	37,9
Urbano (15 mil habitantes o más)	62,1
Nivel escolar de los padres	
Sin educación	8,1
Primaria completa o incompleta	46,3
Educación media completa o incompleta	32,0
Al menos un año de educación universitaria	13,6
Ocupación del padre	
No trabaja	14,2
Trabajador agrícola	23,2
Trabajador manual no calificado	13,6
Trabajador no calificado en servicios	22,4
Trabajador manual calificado	10,0
Trabajador calificado en servicios	16,6
Número de observaciones=	35.718

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tabla A2. Coeficientes de los modelos logísticos multinomiales de la probabilidad del estatus escolar y laboral, por sexo (Referencia: Solo estudia). México, 2000

	<i>Mujeres</i>			<i>Hombres</i>		
	Estudia y trabaja	Solo trabaja	No estudia ni trabaja	Estudia y trabaja	Solo trabaja	No estudia ni trabaja
Edad	0,276 **	0,444 **	0,415 **	0,205 **	0,486 **	0,284 **
Rural (ref.)						
Urbano	0,363 *	-0,064	-0,501**	-0,050	-0,216	-0,435 *
Sin educación (ref.)						
Primaria completa o incompleta	-0,047	-0,310	-0,657 **	-0,215	-0,448 *	-0,276
Al menos un año de educación media	-0,384	-1,308 **	-1,683 **	-0,525 *	-1,758 **	-1,435 **
Al menos un año de educación universitaria	-1,093 *	-1,654 **	-2,079 **	-0,658 *	-2,572 **	-2,194 **
No trabaja	0,141	0,284	0,396	0,276	0,026	0,155
Trabajadores agrícolas	0,156	-0,070	0,236	0,405	-0,138	-0,147
Trabajadores manuales no calificados (ref.)						
Trabajadores no calificados en servicios	-0,227	-0,154	0,017	-0,003	-0,652 *	-0,389
Trabajadores manuales calificados	0,068	-0,035	-0,034	0,227	-0,250	-0,128
Trabajadores calificados en servicios	0,316	-0,863 **	-1,053 **	-0,197	-1,611 **	-0,718 **
Constante	-6,366 **	-7,681 **	-6,126 **	-4,269 **	-7,113 **	-5,052 **
<i>Wald Chi²</i>	2.194,560**			2.019,370**		
Seudo R ²	0,19			0,210		
Número de observaciones	18.865			16.335		

Notas: * p<=0,01; **p<=0,001

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tabla A3. Probabilidades estimadas de trabajar y/o estudiar, por sexo. México, 2000

	<i>Mujeres</i>				<i>Hombres</i>			
	E	E-T	T	Ninguna	E	E-T	T	Ninguna
Edad								
15	0,728	0,066	0,073	0,133	0,701	0,142	0,102	0,055
19	0,354	0,096	0,211	0,339	0,368	0,169	0,372	0,091
24	0,066	0,071	0,361	0,502	0,068	0,086	0,777	0,069
Lugar de residencia								
Rural	0,474	0,067	0,145	0,314	0,482	0,164	0,256	0,098
Urbano	0,509	0,089	0,150	0,252	0,531	0,172	0,227	0,070
Educación de los padres								
Sin estudios o con primaria incompleta	0,247	0,069	0,208	0,477	0,236	0,120	0,512	0,132
Primaria completa	0,346	0,093	0,214	0,347	0,310	0,128	0,430	0,132
Al menos un año de educación media	0,562	0,107	0,128	0,202	0,552	0,167	0,207	0,074
Al menos un año de educación universitaria	0,668	0,063	0,108	0,162	0,670	0,177	0,111	0,042
Ocupación del padre								
No trabaja	0,399	0,075	0,187	0,340	0,419	0,173	0,313	0,095
Trabajador agrícola	0,446	0,085	0,146	0,323	0,441	0,207	0,279	0,074
Trabajador manual no calificado	0,479	0,078	0,169	0,274	0,448	0,140	0,326	0,087
Trabajador no calificado en servicios	0,496	0,064	0,150	0,289	0,549	0,171	0,208	0,072
Trabajador manual calificado	0,483	0,084	0,165	0,268	0,470	0,184	0,266	0,080
Trabajador calificado en servicios	0,636	0,142	0,095	0,127	0,668	0,172	0,097	0,063

Nota: Estudia (E), Estudia y trabaja (E-T), Trabaja (T), No estudia ni trabaja (Ninguno)

Se estimaron las probabilidades manteniendo todas las demás variables en su valor medio. Las estimaciones se basan en los resultados presentados en la tabla 2 del anexo.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tabla A4. Coeficientes de los modelos logísticos multinomiales de la probabilidad del estatus de unión y de jefatura del hogar, por sexo (Referencia: Nunca unido/a ni jefe o cónyuge del jefe). México, 2000

	<i>Mujeres</i>		<i>Hombres</i>	
	Alguna vez unida / Jefa o cónyuge del jefe	Otro	Alguna vez unido/ Jefe o cónyuge de la jefa	Otro
Edad	0,477 **	0,285 **	0,643	0,355 **
Rural (ref.)				
Urbano	0,112	-0,204	0,079	0,058
Sin educación (ref.)				
Primaria completa o incompleta	-0,487 *	-0,351	-0,402	0,079
Al menos un año de educación media	-0,711 *	-0,612 **	-0,568	-0,256
Al menos un año de educación universitaria	-1,124 **	-0,686 **	-1,368 **	-0,352
No trabaja	0,880 **	0,365	1,083 **	1,144 **
Trabajadores agrícolas	0,321	0,053	0,419	0,621 *
Trabajadores manuales no calificados (ref.)				
Trabajadores no calificados en servicios	0,321	0,391	0,835 **	0,358
Trabajadores manuales calificados	0,363	-0,130	0,733 *	0,558 *
Trabajadores calificados en servicios	-1,243 **	-0,980 **	-0,292	-0,373
Constante	-11,013 **	-6,721 **	-15,891 **	-9,760 **
<i>Wald Chi²</i>	114,26**		842,74**	
Seudo R ²	0,17		0,20	
Número de observaciones	13.371		10.974	

Notas: * p<=0,01; **p<=0,001

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tabla A5. Probabilidades estimadas de distintos estatus de unión y jefatura del hogar, por sexo. México, 2000

	<i>Mujeres</i>			<i>Hombres</i>		
	Ninguno	Ambos	Alguno	Ninguno	Ambos	Alguno
Edad						
15	0,950	0,010	0,040	0,987	0,001	0,012
19	0,829	0,062	0,109	0,936	0,017	0,048
24	0,425	0,344	0,232	0,572	0,256	0,172
Lugar de residencia						
Rural	0,888	0,029	0,083	0,967	0,006	0,027
Urbano	0,898	0,033	0,069	0,965	0,006	0,029
Educación de los padres						
Sin estudios o con primaria incompleta	0,832	0,056	0,113	0,954	0,012	0,034
Primaria completa	0,880	0,036	0,084	0,955	0,008	0,037
Educación media completa o incompleta	0,904	0,030	0,066	0,966	0,007	0,027
Al menos un año de educación universitaria	0,917	0,020	0,063	0,972	0,003	0,024
Ocupación del padre						
No trabaja	0,817	0,073	0,111	0,919	0,013	0,068
Trabajador agrícola	0,870	0,044	0,086	0,951	0,007	0,042
Trabajador manual no calificado	0,884	0,033	0,083	0,972	0,005	0,023
Trabajador no calificado en servicios	0,840	0,043	0,117	0,957	0,011	0,032
Trabajador manual calificado	0,881	0,047	0,073	0,951	0,010	0,039
Trabajador calificado en servicios	0,956	0,010	0,034	0,981	0,004	0,016

Nota: Nunca unido/a ni jefe o cónyuge (Ninguno), Unido/a y jefe/a o cónyuge del jefe/a (Ambos), Unido/a o jefe/a o cónyuge del jefe/a (Alguno)

Se estimaron las probabilidades manteniendo todas las demás variables en su valor medio. Las estimaciones se basan en los resultados presentados en la tabla 4 del anexo.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tabla A6. Coeficientes de los modelos logísticos multinomiales de la probabilidad del estatus de unión y parentalidad, por sexo (Referencia: No tiene hijos). México, 2000

	<i>Mujeres</i>		<i>Hombres</i>	
	Madre no unida	Madre unida	Padre no unido	Padre unido
Edad	0,277 **	0,408 **	0,359 **	0,553 **
Rural (ref.)				
Urbano	-0,287	-0,073	0,015	-0,173
Sin educación (ref.)				
Primaria completa o incompleta	-0,137	-0,403 *	-0,086	-0,295
Al menos un año de educación media	-0,013	-0,716 **	0,107	-0,478
Al menos un año de educación universitaria	-0,180	-1,044 **	-0,247	-0,728
No trabaja	0,023	0,723 *	0,730	0,694 *
Trabajadores agrícolas	-0,338	0,165	0,579	0,346
Trabajadores manuales no calificados (ref.)				
Trabajadores no calificados en servicios	-0,695	0,334	0,931	0,416
Trabajadores manuales calificados	-0,036	0,140	0,900	0,545 *
Trabajadores calificados en servicios	-1,189 *	-1,076 **	0,873	-0,573
Constante	-7,919	-9,067 **	-11,978	-13,566 **
<i>Wald Chi²</i>	1.059,65**		680,50**	
Seudo R ²	0,19		0,21	
Número de observaciones	13.371		10.974	

Notas: * p<=0,01; **p<=0,001

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Tabla A7. Probabilidades estimadas de distintos estatus de unión y parentalidad, por sexo. México, 2000

	<i>Mujeres</i>			<i>Hombres</i>		
	Sin hijos	Madre no unida	Madre unida	Sin hijos	Padre no unido	Padre unido
Edad						
15	0,964	0,012	0,024	0,994	0,002	0,003
19	0,858	0,033	0,109	0,962	0,009	0,029
24	0,470	0,072	0,458	0,651	0,037	0,312
Lugar de residencia						
Rural	0,911	0,026	0,063	0,981	0,005	0,014
Urbano	0,921	0,020	0,059	0,983	0,005	0,011
Educación de los padres						
Sin estudios o con primaria incompleta	0,869	0,023	0,108	0,976	0,005	0,019
Primaria completa	0,904	0,021	0,075	0,981	0,005	0,014
Al menos un año de educación media	0,920	0,024	0,056	0,982	0,006	0,012
Al menos un año de educación universitaria	0,938	0,021	0,041	0,986	0,004	0,009
Ocupación del padre						
No trabaja	0,845	0,031	0,124	0,972	0,006	0,022
Trabajador agrícola	0,901	0,023	0,076	0,979	0,006	0,016
Trabajador manual no calificado	0,903	0,032	0,065	0,986	0,003	0,011
Trabajador no calificado en servicios	0,895	0,016	0,089	0,975	0,008	0,017
Trabajador manual calificado	0,895	0,031	0,074	0,973	0,008	0,019
Trabajador calificado en servicios	0,966	0,011	0,024	0,986	0,008	0,006

Se estimaron las probabilidades manteniendo todas las demás variables en su valor medio. Las estimaciones se basan en los resultados presentados en la tabla 6 del anexo.

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2000 (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, 2000).

Bibliografía

- Alba, Francisco; Banegas, Israel; Giorguli, Silvia y de Oliveira, Orlandina (2006) «El bono demográfico en los programas de las políticas públicas de México (2000-2006): un análisis introductorio», en *La situación sociodemográfica de México, 2006*, México, Consejo Nacional de Población.
- Ariza, Marina y de Oliveira, Orlandina (2005) «Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Boltvinik, Julio y Damián, Araceli (2001) «La pobreza ignorada. Evolución y características», en *Papeles de Población*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, n.º 29, pp. 21-53.
- Brugueilles, Carole (2005) «Tendencias de la práctica anticonceptiva en México: tres generaciones de mujeres», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Brugueilles, Carole y Samuel, Olivia (2005) «Formación de parejas y vida fecunda en México», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2010) *Panorama Social 2010*, Capítulo III: «El gasto social en América Latina», Santiago de Chile, CEPAL.
- CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) (2003) *América Latina y el Caribe: Estimaciones y proyecciones de población 1950-2050*, Boletín Demográfico n.º 73, Santiago de Chile, CELADE.
- Cortés, Fernando y Rubalcava, Rosa María (1993) «Algunas consecuencias sociales del ajuste: Mexico post 82», en Salles, Vania y Zapata, Francisco (eds.), *Modernización económica, democracia política y democracia social*, México, El Colegio de México.
- Cortés, Fernando; Hernández, Daniel; Hernández Laos, Enrique; Székely, Miguel y Vera Llamas, Hadid (2003) «Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX», en *Economía Mexicana*, vol. XII, n.º 2, pp. 295-325.
- Coubès, Marie-Laure y Zenteno, René (2005) «Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Echarri, Carlos (2005) «Las trayectorias de coresidencia en la formación de familias», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- y Pérez, Julieta (2007) «En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México», en *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. 22, n.º 1, pp. 43-77.
- Filgueira, Carlos y Filgueira, Fernando (2002) «Models of welfare and models of capitalism: The limits of transferability», en Huber, Evelyne (ed.), *Models of Capitalism. Lessons for Latin America*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.

- Fussell, Elizabeth (2004) «No time for youth: the transition to adulthood in Mexico, 1970-2000», trabajo presentado en la Population Association Annual Meeting, New Orleans, en <<http://paa2004.princeton.edu/download.asp?submissionId=40510>>, acceso 10 de junio de 2010.
- (2005) «Measuring the early adult life course in Mexico: an application of the entropy index», en *The Structure of the Life Course: Standardized? Individualized? Differentiated?*, *Advances in Life Course Research*, vol. 9, pp. 91-122.
- García, Brígida y de Oliveira, Orlandina (1994) *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Giorguli, Silvia (2004) «Transitions from School to Work: Educational Outcomes, Adolescent Labor and Families in Mexico», Tesis Doctoral, Providence, Brown University.
- (2006) «Deserción escolar, trabajo adolescente y estructuras familiares en México», en Lezama, José Luis y Morelos, José (coords.) *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, México, El Colegio de México.
- Giorguli, Silvia; Valle, Eunice; Salinas, Viviana; Hubert, Celia y Potter, Joseph (2010) «La dinámica demográfica y la desigualdad educativa en México», en *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. 25, n.º 1, pp. 7-44.
- González de la Rocha, Mercedes (1997) «Erosion of a survival model: Urban household responses to persistent poverty», trabajo presentado en el taller *Gender, Poverty, and Well-Being: Indicators and Strategies*, UNRISD-UNDP y Center for Development Studies, Trvandrump, Kerala.
- Hernández Laos, Enrique (2004) *Desarrollo demográfico y económico de México 1970-2000-2030*, México, Consejo Nacional de Población.
- INEE (Instituto Nacional de Evaluación Educativa) (2004) *Panorama Educativo de México 2004*, México, INEE.
- (2006) *Panorama Educativo de México 2006*, México, INEE.
- INEGI (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática) (2000) *Encuesta Nacional de la Juventud 2000*, México, INEGI.
- López, Gladys (2001) *Evolution of earnings and rates of returns to education in Mexico*, World Bank Policy Research Working Paper n.º 2691, Washington, World Bank.
- Martínez Rizo, Felipe (2002) «Nueva visita al país de la desigualdad. La distribución de la escolaridad en México, 1970-2000», en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 7, n.º 16, pp. 415-443.
- Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (2003) «Inequalities in Mexican children's schooling», en *Journal of Comparative Family Studies*, Alberta, University of Calgary, vol. 34, n.º 3, pp. 435-454.
- Parker, Susan y Skoufias, Emmanuel (2001) «Conditional cash transfers and their impact on child work and schooling: evidence from the PROGRESA Program in Mexico», en *Economía*, Lacea - Latin American and Caribbean Economic Association, vol. 2, n.º 1, pp. 45-96.
- Parrado, Emilio y Zenteno, René (2005a) «Entrada en unión de hombres y mujeres en México: perspectiva de los mercados matrimoniales», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- (2005b) «Medio siglo de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo: cambio social, reestructuración y crisis económica en México», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.

- Pérez, Julieta (2006) «El inicio de la vida laboral como detonador de la independencia residencial de los jóvenes en México», en *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. 21, n.º 1, pp. 7-47.
- Quilodrán, Julieta (2001) *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México.
- Reimers, Fernando (2006) «Education and social progress», en Bulmer-Thomas, Víctor; Coatsworth, John y Cortés, Roberto (eds.), *The Cambridge Economic History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Rojas, Olga (2008) *Paternidad y vida familiar en la Ciudad de México: Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*, México, El Colegio de México.
- Salas, Carlos y Zepeda, Eduardo (2003) «Empleo y salarios en el México contemporáneo», en de la Garza, Enrique y Salas, Carlos (coords.), *La situación del trabajo en México, 2003*, México, Plaza y Valdés.
- Samuel, Olivia y Seville, Pascal (2005) «La nupcialidad en movimiento», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Santibáñez, Lucrecia; Vernez, Georges y Razquin, Paula (2005) «Education in Mexico. Challenges and opportunities», California, RAND Corporation, en <http://www.rand.org/pubs/documented_briefings/2005/RAND_DB480.pdf>, acceso 10 de junio de 2010.
- Solís, Patricio (2007) *Inequidad y movilidad social en Monterrey*, México, El Colegio de México.
- Cerrutti, Marcela; Giorguli, Silvia; Benavides, Martín y Binstock, Georgina (2008) «Patrones y diferencias en la transición escuela-trabajo en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México», en *Revista Latinoamericana de Población*, ALAP, vol. 1, n.º 2, pp. 127-146.
- Solís, Patricio e Puga, Ismael (2009) «Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México», en Rabell Romero, Cecilia (coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales/El Colegio de México.
- Tienda, Marta (2002) «Comparative perspectives of urban youth: Challenges for normative development», en Tienda, Marta y Wilson, William Julius (eds.), *Youth in Cities. A Cross-National Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Welti, Carlos (2000) «Análisis demográfico de la fecundidad adolescente en México», en *Papeles de Población*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, n.º 26, pp. 43-87.
- (2005) «Inicio de la vida sexual y reproductiva», en *Papeles de Población*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, n.º 45, pp. 143-176.
- Zavala de Cosío, María Eugenia (2005) «Las tendencias de la fecundidad en los tres grupos de generaciones urbanas y rurales según el sexo», en Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia y Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.